

1999, pp. 243-244

*Joaquín Córdoba: Genio de Oriente. Cuatro mil años de cultura y pensamiento en el Asia Anterior y el Irán. Editorial Akal Hipecu, Madrid, 1995, 70 pp.*

SUSANA REBOREDA MORILLO

El solo intento de presentar un resumen coherente de una cultura tan rica, compleja y variada como el Próximo Oriente Asiático durante la Antigüedad constituye, a mi entender, un verdadero reto, especialmente si esta exposición no alcanza ni tan siquiera el centenar de páginas y entre éstas se incluye un pequeño apéndice bibliográfico y un conciso, pero significativo, cuadro cronológico. Sin embargo, todo escepticismo inicial resulta completamente anulado con la lectura de la obra y su magistral planteamiento que me propongo exponer a continuación.

El libro se inicia con una breve introducción en la que se delimitan los temas principales que van a ser tratados -basados fundamentalmente en los aspectos de la cultura y el pensamiento, más que en los registros materiales-. En este breve apartado es posible apreciar el interés del autor por acercarnos a esa cultura que, en general, aparece tan lejana a un Occidente Europeo que buscó y justificó su "cuna" en el mundo greco-romano.

En el primer capítulo, titulado "Imagen, espacio y tiempo", el lector comienza a sumergirse en el marco del Antiguo Oriente y esta integración no se logra mediante una visión simplista, sino que desde un principio el autor anuncia la complejidad del mundo al que nos enfrentamos, comenzando por una contextualización en la que subraya la diversidad espacial a la vez que ofrece una rápida visión del devenir histórico: desde el mundo de Uruk en el 3500 a.C. hasta el final de la cultura sasánida datada en el año 636 d.C.

Incluso en el supuesto caso de que la idea de multiplicidad –fundamental para la comprensión del Antiguo Oriente– no resultara del todo clara, la primera parte del segundo capítulo, “Materia, alma y silencio”, alcanza, a mi entender, la contundencia deseada. Así, tras unas notas aclaratorias en las que se explica conjuntamente el origen y la evolución de las primeras escrituras y el descubrimiento de las mismas por los investigadores del presente siglo, se expone el riquísimo “mosaico de lenguas” que nos remiten a la reticencia de evocar “una imagen unívoca y simple” de los hechos acaecidos en el conjunto del Próximo Oriente. La segunda parte del mismo capítulo ahonda en los artifices de la plasmación de los hechos culturales que el autor pretende exponer: los letrados o escribas identificados por el conocimiento de la expresión escrita; así, comienza por alertar sobre ciertos tópicos referidos a este mundo, como el supuesto privilegio de clase que transforma en una tradición heredada familiarmente, o la imposibilidad de acceso a este saber por parte del género femenino, para pasar a describir las diversas fases de aprendizaje que no sólo incluían el control de la lectura y escritura, sino también una formación matemática. A partir de la adquisición de estos conocimientos básicos era posible acceder a una especialización; además se hace referencia a los diversos trabajos que estos letrados desempeñaban y la consideración social que tenían entre sus coetáneos. Este apartado finaliza haciendo hincapié en el marco físico donde se desarrollaba y almacenaba esta cultura: los archivos y bibliotecas de los palacios y templos, así como en ciertas casas particulares que sin duda pertenecieron a eruditos de su tiempo.

El tercer capítulo, que se engloba bajo el título de “Legados de pensamiento y cultura”, se encamina –de forma muy sutil– a la ruptura de ciertos tópicos históricos que caracterizaron al estudio de la Antigüedad, creados de forma más o menos consciente por el deseo de enlazar el Occidente Europeo con las llamadas “culturas clásicas” y que dejaban en un segundo plano algunos avances culturales cuyo origen se sitúa en el Próximo Oriente. Así, en un aparente análisis de aspectos como la religión, la filosofía, la literatura, la historia, la música, la ciencia jurídica y la definición de la política, las ciencias naturales y las ciencias exactas, Joaquín Córdoba, demuestra no sólo la existencia del conocimiento, sino también una búsqueda consciente por parte de las diversas culturas que jalonaron este amplio espacio objeto del estudio, desmontando aquellos errores historiográficos que pretendían anular su presencia efectiva.

El final de esta obra se recoge en un breve último capítulo titulado “Colofón. Memoria de una cultura” en el que se realiza una rápida visión sobre otros aspectos culturales del Próximo Oriente Asiático a través de diversas etapas históricas y en distintas manifestaciones, desde la pintura a la literatura, para concluir que “la cultura y el pensamiento del Oriente Próximo Antiguo comienzan a convertirse en patrimonio y memoria de nuestra propia conciencia cultural”. Sin duda, Joaquín Córdoba, mediante esta breve pero clara exposición ha colocado “su granito de arena” para contribuir a esa realidad.